

Comandante,  
El tirano, que no duerme  
en su palacio,  
te sueña todas las noches  
cabalgando.  
(Luis Amado Blanco. La ciudad rebelde)

Te asesinaron, sí, cobardemente,  
intentando extinguir el fuego ardiente  
que hace estallar las almas valerosas.

Te asesinaron, sí, tan alevosamente,  
que retumbó el tambor  
despertando el ardor de sangre nueva  
dispuesta a derramarse  
en holocausto patrio.

Te asesinaron, sí, para el desquite  
de la burla infringida  
en la fatula honra  
de esa recua cobarde y represora,  
que mercenariamente,  
embarra sus pezuñas  
con excremento fétido  
de pólvora asesina.

Los ácaros invaden y alborotan  
las sucias colchonetas  
donde intentan inútilmente  
granjearse el sueño  
en lechos de conciencias  
revueltas por el miedo  
a tu verbo filoso y  
amable al mismo tiempo.

Te asesinaron, sí, pero no alcanzan  
a poner fin a tu evangelio y  
al perenne clamor de tu clarín  
que grita eternamente,  
el llamado vehemente a esa lucha  
soñada y que es posible.

El disparo asesino, como un trueno  
desadormece  
el letargo aparente de tu pueblo.

El alerta con tu muerte se dispone a latir  
para ofrendarte pronto  
esa Patria liberada y justa  
que tanto voceaste.

Tu muerte, Filiberto, Comandante,  
es viva flama latente  
en pechos jóvenes valientes.

Presente está esta hueste,  
querido Comandante,  
dispuesta a dar el paso  
al sonar de tu grito y tu orden  
de "Pa'lante".

Comandante:  
Las glorias de tus hazañas,  
El pueblo las va cantando.  
(Luis Amado Blanco. La ciudad rebelde)

Esta lira con que acompaño  
mi canto  
estalla hoy de dolor y de gozo  
alimentada.

Mi lágrima indignada  
resbala por mi rostro,  
con el sabor amargo  
de la ira y el odio  
hacia el tirano.

Revuelve mis entrañas  
ese cobarde asalto del asesino  
y un salivazo arrojado  
en pleno rostro  
en muestra del desprecio  
que sembró su vileza  
aquí en mi alma.

A mi pecho lo abraza una venganza  
y quiero que retumbe hasta el cielo.  
Si es que existe un dios allí,  
espero, que parta en dos mitades  
el alma que asesina a sueldo  
disparando metralla  
al corazón del pueblo.

Sólo un traidor, ese cerebro indigno,  
sabueso que por años  
olfateó la tierra que hoy lame,  
buscando las pisadas sagradas  
de un espíritu noble aquí en  
mi Patria.

Ese vómito cruel, bala asesina,  
es disparo que retumba eternamente  
en todo corazón rebelde que se indigna  
y surge con nuevas fuerzas  
en defensa valiente de la Patria.

No se puede matar impunemente  
el espíritu ardiente de un patriota.  
Su vida, su prédica y sus obras  
vencerán, para siempre, esas fronteras  
que el tiempo erige.

Comandante, tu símbolo está vivo,  
sigue presente  
y no puede borrarse  
con la centella ardiente  
de la muerte.

# Poemas

JUAN "NUNO" RODRÍGUEZ SOLDEVILA